

El ultraje al público, un género en sí
Alexandre Demidoff. Le Temps, 4 septiembre 2014

¿Se han burlado del público La Ribot y sus compinches al presentar un dispositivo mínimo en vez de la pieza anunciada? O ¿lo estarían más bien invitando a reformular su deseo?

En el fondo, no se trata de otra cosa que la jugarreta de la página en blanco. El título, *El Triunfo de La Libertad*, consigue, a la entrada de la Comédie, despertar grandes expectativas. Pero en lugar de lo esperado sólo hay un vacío, desde luego muy estudiado. A unos les parece una tomadura de pelo y a otros una sensación (en todos los sentidos de la palabra).

¿Un acto escandaloso? O, peor aún, ¿sin fundamento? No, de ningún modo. Con este gesto, la coreógrafa y bailarina La Ribot se mantiene fiel a su papel en el escenario ginebrino: poner en duda el acuerdo tácito que sustenta la relación entre espectador y actor; decepcionar cualquier expectativa.

¿Cuál es pues el propósito de la maniobra? Abrir otro espacio –el de la reflexión, en un primer tiempo, y, luego, el del debate. ¿Qué se espera de un espectáculo? ¿Cómo se determina si una pieza merece el dinero desembolsado? ¿Cuáles son las condiciones mínimas de la experiencia estética? Y ¿por qué quedarse durante más de una hora a esperar, como personajes de Beckett, el milagro de una presencia?

Este desvío del protocolo tiene su historia –también sus figuras. Ahí está, por ejemplo, Marcel Duchamp y el mingitorio de porcelana. O John Cage y 4'33": un pianista que toca en silencio durante 4 minutos y 33 segundos. O bien Marguerite Duras y su filme *India Song*: los actores hablan, pero sin que el sonido coincida con el movimiento de los labios. La Ribot pertenece a una estirpe, la del arte conceptual. *El Triunfo de La Libertad* puede ser considerado un fracaso en ese registro. También puede deplorarse la estafa. El programa anuncia tres intérpretes en el escenario. Pero La Ribot, Juan Domínguez y Juan Lorient brillan por su ausencia.

Sin embargo, hay que reconocer el alcance del gesto. Porque, por mucho que el público de La Bâtie esté acostumbrado a las desviaciones, a los golpes de efecto, no fueron pocos los que se indignaron –a tal punto que llegaron a calificar la obra de “triumfo de la nada”. La Ribot y sus compinches, discípulos listos que son, lograron pues salirse con la suya: su página casi blanca se convirtió, sobre todo en Facebook, en un libro de quejas. La pieza, por muy menor que sea, obliga a quienes la vieron a reformular su deseo y a poner a prueba su propia libertad.